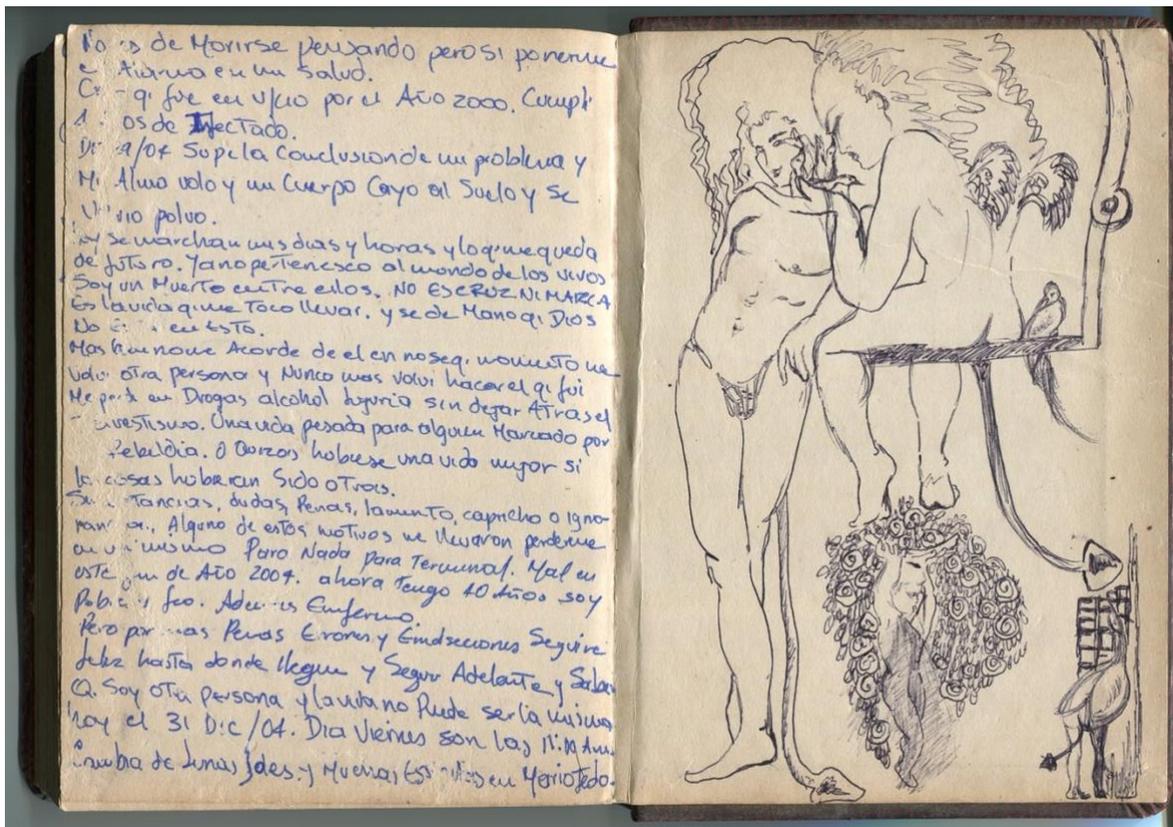


DOSSIER

HISTORIA(S) DE (LA) EDUCACIÓN SEXUAL: INSTITUCIONES, ACTIVISMOS, SABERES Y PRÁCTICAS



Diario de Madorilyn Crawford, transformista bogotana - Manuscrito - 1990-2004.
Cortesía Archivo Arkhé.

**LECTURAS ÍNTIMAS,
ERÓTICAS Y MONSTRUOSIDADES DE LA
(IM)POSIBLE EDUCACIÓN SEXUAL (DESPUÉS DE
DUSSEL, DELEUZE Y PRECIADO)**
INTIMATE EROTIC
READINGS AND MONSTROSITIES OF THE (IM)POSSIBLE SEX EDUCATION
(AFTER DUSSEL, DELEUZE AND PRECIADO)

Belén Ciancio

CONICET

Ensayista, practicante audiovisual e investigadora del CONICET

Contacto: belenciancio@gmail.com

RESUMEN**PALABRAS CLAVE***Autoficción de ensayo filosófico**Teratologías eróticas**Educación**Deleuze**Preciado*

Ensayo o diario breve de fragmentos de lecturas filosóficas (Dussel, Deleuze y Preciado). Archivo y cartografía efímeros de enunciados cotidianos del pasaje por la escolarización, el grado, el posgrado. Se aproxima desde la máscara ensayística en primera y cuarta persona del singular y cierta orfandad académica a diferentes poéticas y epistemologías de la educación sexual: desde una onírica documental de la erótica liberadora, los devenires de la crítica y la clínica deleuziana y la monstruosidad trans no binaria.

ABSTRACT**KEYWORDS***Philosophical Essay
Autofiction**Erotic Teratologies**Education**Deleuze**Preciado*

Essay or succinct diary of fragments of philosophical readings (Dussel, Deleuze and Preciado). Ephemeral archive and cartography of everyday statements from the passage through schooling, graduate, and postgraduate. The text approaches different poetics and epistemologies of sexual education from the essayistic mask in the first and fourth person of the singular and a certain academic orphanhood: from an liberating documentary oneiric erotica, the Deleuzean critical and clinical becoming, and the non-binary trans monstrosity.

Recuerdos de provincia: la formal, la otra y la mala educación

“Hablar, incluso cuando hablamos de nosotros mismos, implica siempre ocupar el lugar del otro en cuyo nombre se pretende hablar y a quien se priva del derecho a hablar.”

Gilles Deleuze

Sigmund Freud incluía, a modo de chiste según el mismo, la educación entre las profesiones imposibles, como gobernar y curar. La imposibilidad tenía que ver, al parecer, con el resultado del libro de August Aichhorn, que prologaba, dedicado a jóvenes vidas descarriadas, delincuentes o neuróticas (FREUD EN AICHHORN, 2006: 23). La obra de Jean Genet fue quizá una respuesta excepcional a esa imposibilidad. La genealogía de Michel Foucault de las sociedades disciplinares y la historia de la sexualidad, la descripción crítica de Gilles Deleuze de las de control, más recientemente el informe kafkiano de Paul B. Preciado (2020) del dispositivo psicoanalítico y las mutaciones del régimen binario y el paradigma de la “diferencia sexual”, son también, de un modo más académico, una insistencia que trasmuta lugares y valores. Hacia lo que había que ir es a una suerte de desaprender, deseducarse, desanalizarse, desgenerarse y deshacerse de la epistemología de la diferencia sexual. Sin deshacerse de los monstruos, que, como los sueños de la razón, esa epistemología colonialista y patriarcal produce. De cierta manera, y con otro sentido al deleuziano, también desdevenirse y redevenirse, si tenemos en cuenta el lema de Simone de Beauvoir: “no se nace mujer, se le deviene”, como tampoco “se nace hombre” ni “Hombre”. Aunque según Deleuze no se le deviene, más bien se siente vergüenza al respecto y al escribir se deviene animal, mujer, molécula, imperceptible (DELEUZE, 1996: 11). Devenir evidentemente resistido por muchas feministas y disidentes del género.

En definitiva, se trataba de otro tipo de resultados, no a los que se refería Freud. Alcances mucho más performativos y que tienen más efectos realizativos, como el psicoanálisis, de los que su mismo fundador (maestro de la sospecha en otro contexto), sospechaba. Aunque un neurótico no era equiparable a un niño, el análisis del neurótico era como una poseducación, mientras que al “niño” (esa construcción de la modernidad como ser inacabado o como futuro) le tocaba lidiar con la educación. Ésta y el psicoanálisis se vienen mezclando así desde su imposibilidad y aunque, como el mismo Freud en algún momento supo, no todo tiene que ver con *eso*, si a *esto* se suma la sexualidad, el resultado y el dispositivo pueden ser opresores. En sociedades como las latinoamericanas,

atravesadas por la desigualdad, la pobreza, explotadas, infantilizadas, culpabilizadas o hipersexualizadas, subalternizadas: la reproducción y la sexualidad, el dispositivo género, las políticas de eugenesia, son armas de colonialismo, control, experimentación no consentida y sometimiento. Esto no sólo lo señaló Preciado en *Testo yonqui* (2008), respecto a conocidas pruebas farmacológicas, como las realizadas en Puerto Rico con anticonceptivos en poblaciones de mujeres pobres. También lo mostró la película *Yamar Mallku* (Jorge Sanjinés, 1969), que recrea el experimento de un equipo del Cuerpo de Paz estadounidense dedicado a esterilizar a mujeres de una comunidad quechua sin su consentimiento. Procedimientos similares a los aplicados a “degenerados”, durante el nazismo. Experimentaciones que se siguen produciendo con otros colectivos, en cuerpos colonias, como los de personas trans en el capitalismo farmacopornográfico y territorios laboratorios como los del tercer mundo y del cuarto.¹

Entretanto, la educación pública, en Argentina paradigma de movilidad social e igualdad, intenta sobrevivir a sus errores fascistas, como los de otros sistemas educativos que conducen a lo mismo (PASOLINI en COLOMBO, 2005: 307). En medio de la apatía general que la asimila a una ruina inútil en la que hay que evitar caer o la defiende, pero evita que su descendencia la concorra, sobre todo en los niveles básicos. También intenta sobrevivir a un neoliberalismo y nueva derecha e ideologías neofascistas que, a nivel mundial, intensifican el rol del estado como monopolio de la violencia y le sacan presencia en salud y educación, cuando la ESI (educación sexual integral) pasa a estar en la mira.² Este ensayo, como diario de fragmentos de lecturas íntimas y archivo efímero de enunciados cotidianos del pasaje por la escolarización, el grado y el posgrado, se aproxima desde la máscara ensayística en primera y cuarta persona del singular y cierta orfandad, a algunos interrogantes frente a un horizonte hostil. Hostilidad que no se limita al deterioro de la política partidaria, en medio del aumento de la pobreza y la inflación, sino a un deseo más confuso y mortífero a un malestar social más amplio, donde las palabras y las imágenes suenan en los medios y en las instituciones como monedas desgastadas y mentiras, como pasiones tristes amplificadas desde un histrión irritado, como términos vacíos sin historia ni memoria, o con demasiadas.

¹ Acerca de esta experimentación y de las implicancias del binario de género, ver entrevista a Gero Caro (GERO CARO y CIANCIO, 2021: 155).

² Preciado describe esto según la epistemología de Thomas Kuhn, como “estrategia terminal de apuntalamiento del viejo paradigma patriarco-colonial en vías de mutación” (PRECIADO, 2020: 99), esto explicaría la proliferación y puesta en escena “de ideologías neofascistas, con sus discursos populistas y neonacionalistas, misóginos, homófobos, tráfobos y racistas” (PRECIADO, 2020: 99)

En torno a la ESI existen no sólo protocolos institucionales, leyes, regulaciones, polémicas presupuestarias, discursos políticamente correctos. Se han producido también una serie de escrituras y poéticas que han surgido a partir de experiencias docentes y de quienes llevan adelante una puesta en cuerpo en las aulas y han pensado sus epistemologías y archivos, sus interseccionalidades no sólo con los estudios de género, las variaciones trans y los feminismos, sino también con la teoría crítica y otras líneas filosóficas contemporáneas, desde la investigación y el activismo (PÉCHIN, 2021: 73). También desde la desconexión de usos instrumentales del lenguaje, con nuevas formas de pensar, mirar, sentir, percibir e interrogar, compartir los espacios y las palabras que se alejan de la tarea de “enseñar un inventario de identidades fijas y estables (FLORES, 2023: 93)”. Si aquí la pregunta, parafraseando a Donna Haraway es “¿con la sangre de quién se hacen nuestras escrituras escolares?” (FLORES, 2023: 97), también podemos preguntarnos en la sociedad de control y sus mutaciones virales ¿con la sangre de quién se hacen nuestras escrituras y lecturas académicas y de investigación? Cómo se construyen sus protocolos de cientificidad, inteligibilidad, corrección, supuesta transparencia e impacto. De modo que, como señala val flores, la educación (y la educación permanente de posgrado) resulta, más que un programa determinado de contenidos curriculares (o una agenda consensuada de tópicos, hipótesis y resultados de *papers*), un nudo de preguntas irresueltas donde la lectura y la escritura son actos irreverentes que desacomodan e incomodan. flores pregunta “¿cómo la escritura puede desanudar las condiciones de inteligibilidad corporal que vuelven imposibles ciertos cuerpos y gestos, más que armar una nueva lista, aunque más larga y más inclusiva, de las tarjetas de reconocimiento?” (FLORES, 2023: 105). Siguiendo esta línea de fuga también podemos preguntar cómo encontrar otro desaprender, en espacios donde llegar a la alfabetización y a la lectura, a la tecnología mínima de escritura básica con sus máquinas binarias, administrativas y burocráticas, se vuelve para algunas personas cada vez más difícil. Aunque rotas y desgastadas, chirriando y en ruinas, esas máquinas heredadas de la modernidad (a veces ejemplares de segunda mano comprados con sobrepagos desde el tercer mundo) siguen funcionando al administrar los mismos cuerpos que excluyen. Cómo desanudar, entonces, las condiciones de inteligibilidad corporal en sociedades en “crisis permanente”. No sólo económica sino de la subjetividad, la masculinidad y la feminidad, del régimen de la diferencia sexual, donde el pasaje y el paisaje educativo perpetuo y la formación continua no garantizan nada. Ni siquiera el derecho a aparecer, ante los códigos mutantes y semiosis específicos de la tecnociencia capitalista, que produce y

promociona esas mismas crisis, donde existen inteligencias artificiales y variaciones tecnofarmacológicas de los cuerpos.

Toda educación es sexual, pero como la mayoría de personas de mi edad fui a la escuela pública en un momento en que la educación sexual formalmente no existía. Si es por imposibilidades educativas y psi, más que envidia del pene, en ese momento sentía envidia del significativo compañero de las variaciones del sintagma del amar, mimar y la masa, con el que la escuela argentina, y de otras culturas hispanohablantes, nos introduce en la alfabetización y más ampliamente en la cultura. No era envidia de una función, sino de las *mamás* de mis compañeras, de las que las acompañaban en el trance impuesto como adolescentes de posdictadura. Envidia incluso de esas mujeres de las que muchas renegaban. Seres que trabajaban doble turno también como amas de casa, proveían del arsenal feminizante, ropa, maquillaje, toallitas y analgésicos, además de amasar la masa. Porque como decía la publicidad "Mujer, mujer, ya sos, mujer igual que yo..." (performando una identidad y un dolor que daba un aura de secreto menstrual). Seres que a veces narraban en primera persona los misterios de la reproducción, el parto, el puerperio..., seres polivalentes que hacían a veces de mujeres y de empleadas o empleadoras, hasta de maridos proveedores de sus hijas, de la mejor amiga y escucha, osando incluso abastecer preservativos a escondidas de los padres. De algo me enteraba y extrañaba, así, en charlas amicales desde mi soledad de género (germen de disforia). Una tía me propone ir a una escuela de modelos. No porque fuera especialmente agraciada, sobrepasaba varios centímetros los estándares de belleza de la época, sino para aprender a caminar, porque mis pasos adolescentes venían dándose un poco raros, en una familia de hombres. A veces sexualidad y género o sus tecnologías se confunden, como puede verse en la película *La (des)educación de Cameron Post* (Desiree Akhavan, 2018) y como experimentamos cada día, siendo y hablando un lenguaje que nos habla y nos constituye desde gestos codificados binariamente en esta cultura. Si la ideología, según Louis Althusser (1974: 61) siguiendo a Pascal, va desde una gestualidad (arrodillarse, mover los labios) a una creencia, el género, como lo supo Teresa de Lauretis (1996: 12), también: maquíllate, péinate, responde dulcemente, sonríe paciente, no mires a los hombres de frente, no compitas con ellos, levanta la mesa, lava los platos, si es mucho pide ayuda, materniza, no seas marimacho, etc. etc. (estos gestos varían según épocas y

culturas) y serás una mujer o un cuerpo portador del género femenino. Por lo tanto, desobedecer un código gestual de género, no es cualquier cosa.

En aquel momento antes de la web y del a-priori audiovisual que actualmente, sin intervalos, atraviesa la subjetivación y la subjetividad, la educación y la sexualidad, de mucho nos informábamos (guionábamos, representábamos, performábamos) con el cine y la televisión, además de las lecturas, no sólo como pedagogía del sexo sino del amor romántico, ese gran artefacto de ficción. La parte formal quedaba librada a materias del colegio que se hacían permeables en el asunto: Biología, Primeros Auxilios o Formación Cívica y Ciudadana. Si bien dada, esta interdisciplinariedad podría haber sido un marco para reflexiones cruzadas que implican a la sexualidad y al género³, pero entre la precariedad económica y epistémica y los rezagos autoritarios, más bien se caracterizaba por una homogeneización y unificación de posiciones.

Un día un médico que nos instruía generalmente en “detección y prevención de enfermedades frecuentes en la escuela” (pediculosis, varicela, paperas, sarampión, entonces, principios de los noventa, un brote de hepatitis, nunca se mencionaban otras transmisiones) comienza a hablar de métodos anticonceptivos. Propone la consigna, “el mejor método anticonceptivo es sostener una aspirina entre las piernas” y continúa con una lámina agrietada, una imposible abstracción con forma de signo de aries entre rosa y rojo, del “aparato” o “sistema reproductor femenino”. El doctor continuó su exposición sin más explicaciones que nombrar cada órgano y sus funciones. Nadie preguntó más nada. Nadie lo vio sonrojarse ante la unánime mudez en la que quedamos. Así éramos todas, al parecer, por dentro. Nadie dijo que el profiláctico, apenas mencionado al pasar, no sólo era un método de anticoncepción, sino que también podía evitar otras cosas. No era una orientación del bachillerato de las más reaccionarias. Había un par de profesoras

³ A diferencia de otras tradiciones en Argentina y en las culturas hispanohablantes y latinas, en general las cuestiones de género y los feminismos, suelen estar vinculadas a las ciencias sociales y humanidades. Diferente es el caso en el contexto anglosajón donde autoras como Anne Fausto Sterling o Donna Haraway tienen formación en biología o zoología. Por otro lado, como señaló Mauro Cabral, la utilización convencional del concepto de género actual parece haberse instalado a partir de su origen biomédico. Sin embargo, este origen está olvidado, así como el universo de sujetos a los que cuando nació esta categoría de género vino a constituir y significar: intersexuales y transexuales (CABRAL, 2011: 99).

que sobrevivieron como pudieron a la dictadura, después a la hiperinflación y que traían fotocopias nostálgicas de Pablo Freire en carpetas grises, tamaño oficio, otras mezclaban pedagogías de izquierda con religión. La figura de la maestra parecía una especie de Crista con guardapolvo, dispuesta al sacrificio de terminar crucificada con tizas en el pizarrón. Así, futuras maestras ignorantes, como diría Jacques Rancière, antes de aprender operaciones complejas de matemática, física o química, estábamos aprendiendo a enseñar, y a ensañarnos silenciosamente con la introyección de códigos, normas y dispositivos binarios, antes de entender y percibir nuestros cuerpos y la carne diversa que desborda una abstracción, estábamos mudas ante láminas.

De eso no se hablaba en la escuela. Se hacía, se rumoreaba, se sabía, o no se sabía, se gozaba o se sufría. Algunas más que otras, mal que le pesara a la moral catequista evangelizadora de clase media y medio decente, y a la gente bien, que más que importarle la vida del “niño por nacer”, la perturbaba y perturba el deseo, el placer y el goce (horror lacaniano) de adolescentes cuerpos gestantes. Si son pobres, más perturbador el asunto. Porque evidentemente no hace falta que este motivo de castigo exista, para el embarazo. La mayoría en el curso éramos entonces de esos cuerpos que para evitar percances teníamos que mantener las piernas cerradas. No era un colegio religioso, era una escuela secundaria pública, continuación de una primaria, no muy prestigiosa, donde estudiábamos personas de diferentes clases, colores, géneros, privilegios y desfavores y que con un par de años más de formación permitía obtener el título de “maestro de enseñanza básica”, enunciado en masculino. Aunque la mayoría de los cuerpos allí presentes éramos nombrados, mirados, clasificados, sociabilizados, educados, violentados, ideologizados en la feminidad. Ese espacio funcionaba, desde su precariedad, como muestra de una tecnología del género que operó regularmente, al menos hasta hace poco: educadores básicos son generalmente maestras, la señorita. Solo hubo un maestro, de lengua, en la escuela: Sergio Sarmiento (sic). Nada alteraba esa normalización del género como ideología: todas las profesoras eran mujeres, excepto el médico de la *scientia sexualis* de la aspirina.

De esta tecnología del género educativo no se fugó ni Deleuze cuando se refirió desde *Seis por dos* (1976), serie televisiva de Jean Luc Godard y Anne-Marie Miéville (Deleuze sólo menciona al primero como autor), a las variaciones sobre la fuerza de trabajo y el lenguaje. “El” analizante, y no “el” analista, debería cobrar y no pagar, por poner a trabajar su inconsciente (propuesta de Félix Guattari), como habría que cobrar también por ver televisión. “Los” niños, según Godard, son presos políticos y es “la” maestra, la que los introduce en el lenguaje, es decir en “un sistema de órdenes” (*Elle commande...ella*

ordena), como el que opera no sólo en la escuela, sino en la televisión (DELEUZE, 1995: 67). Sigue un párrafo donde la pregunta es una vez más cómo buscar debajo de ese sistema de órdenes, el silencio, el tartamudeo, el grito. Cómo encontrar lo que fluye y fuga como lengua extranjera, sin dar órdenes, sin pretender representar a nada ni a nadie. Cómo salir de códigos y clasificaciones que, a veces incluso con las mejores intenciones como puede ocurrir en manuales o glosarios de educación sexual, o en interpelaciones docentes⁴, pretenden definir a-priori y ordenar orientaciones, identidades, diversidades y disidencias sexuales, infancias y adolescencias maricas y marimachas, exponiéndolas a abusos, violaciones e intervenciones farmacológicas. Como si pudiera fijarse una taxonomía y administración del deseo. Pero Deleuze no se pregunta, aquí, a pesar del mentado “devenir mujer” de otros textos, cómo fugar de aquello que, en castellano, como en francés, está dividido binariamente, produciendo representaciones, tecnologías de los géneros. Se refiere sin inmutarse a determinados trabajos para ejemplificar acciones: “la” maestra, “la” asistente, “el” psicoanalista, “el” cineasta.

Vuelvo al curso, después de este recreo en el que hallamos una vez más marcas del género en los autores que “nos hablan al oído”, como diría Deleuze (2008: 161), al que varios varones hechos y derechos les encanta citar, cuando se refiere a sodomizar y hacer hijos monstruosos, disimulando un deseo más que nietzscheano, de fantasías homosexuales. Un gay saber, no sabido...

No era el peor curso, ni la peor escuela, tampoco, si se compara con aquellas en las que sacerdotes eran quienes daban “educación sexual”. Vimos salir a otras compañeras llorando de las aulas, con cara de futuras o pasadas asesinas arrepentidas, después de una sesión de *El grito silencioso* (Jack Duane Dabner, 1984). Como salíamos envueltas en una tristeza apenas disimulada después de ver los dos volúmenes de *La República Perdida* (Miguel Pérez, 1983; 1986) en las horas de Formación Cívica. Toda una transgresión a los libros de historia para el secundario que entonces circulaban de José Cosmelli Ibáñez. Como abrazar a una compañera después de no verla durante el receso de invierno, podía valer amonestaciones: las chicas escuchan Sandra y Celeste, quién sabe qué tambor tocan (figuraciones preceptoras y directivas). No se hablaba de eso ni de esto, pero había imágenes terriblemente performativas de la emocionalidad, por ese mismo silencio impuesto que las rodeaba en la escuela. Para olvidar los pasillos más fríos que el patio de afuera donde hacíamos fila y la lúgubre versión de *Aurora* en un disco que ni siquiera

⁴ Me refiero a la interpelación a estudiantes a pronunciarse respecto a su “orientación” o “identidad sexual”.

estaba rayado y nadie cantaba: la revista Pelo, Virus, Charly, Pink Floyd, Sinead O'Connor, fantasías con Madonna, Tina Turner y Sting. El recital por el NO en Chile que se hizo en Mendoza y una bandera inglesa que logró una amenaza de bomba en el edificio donde vivía.

“Todos los hombres desean por naturaleza saber”

“yo no quería ser hombre; yo buscaba una salida”

Paul B. Preciado

“La filosofía no es para mujeres”, con esa bienvenida nos esperaban en la facultad. Se sumaba *sine laude* la dedicatoria “las mujeres no piensan”, antes de empezar algunas clases de metafísica. Cual habitantes de un universo aristotélico de cabotaje, donde se tiende a confundir a los animales masculinos o varones con el “humano universal” (como señala Preciado respecto del dispositivo psi), y a los femeninos con “la mujer”, para hacerla permanecer en su jaula mística de animalidad singular o en su mascarada, nos veíamos capturadas en ese mundo de ignominia. Así, de algún modo al intentar leer la gran tradición filosófica occidental, al construir esa voz interna que acompaña el aprendizaje a veces violento de la cultura universal, sus lenguas vivas y muertas, sus idiomas y dialectos que se mundializaron, sus letras que entran con sangre, deveníamos imaginariamente trans. No digo que sufriéramos todas las exclusiones de las personas trans, o tuviéramos que lidiar con inquisiciones respecto a nuestra corporalidad y género. No me apropio, ni hablo por. Pero, si como dice de La Grace Volcano, ser trans es ser un intersexual de diseño (DEL LAGRACE VOLCANO en PRECIADO, 2020: 31) y Mauro Cabral (2011) que la transexualidad es un modo de lectura, más que una identidad, aquí parecía que la única posibilidad de alcanzar la enunciación de la universalidad era suponer la identificación de género literalmente en la lectura, en un diseño transtextual antropocéntrico con “el hombre”. Si no, podíamos quedar definitivamente excluidas de ese deseo (y de la voluntad de saber), enunciado en la metafísica aristotélica y siempre traducido en universal masculino plural: “*pantes anthropoi tou eideinai oregontai fisei?*” (todos los hombres desean por naturaleza saber). El aprendizaje tiene esa ambivalencia en los márgenes, aún más en un lugar donde faltaban otras posiciones que ya habían señalado esto. En el silencio, en la lectura y la escritura, también se construye y deconstruye otra enunciación que no es la de la voz corporizada en la oralidad.

El mundo afuera de la facultad no era mucho más ameno ni prometedor. Los noventa: “filosofía” dejaba de ser una asignatura del colegio y cualquier forma de intelectualidad, o lo que sea que se entendiera por ello, se devaluaba de modo inverso a la ficción del uno a uno. La burla eterna llega hasta Tinelli riéndose de quienes todavía compran libros de filosofía, literatura, sociología o de cualquier cosa. Fragmentos de vanguardias reciclados en video clips en MTV, fugas en la disco, decían que las profesiones del futuro eran ser dj, chef, diseñador/a, programador/a o licenciado/a en marketing. A pesar de que a comienzos de esos años se produjeron mutaciones para minorías como las de intersexuales y en el binario de género (se publican los textos de Anne Fausto Sterling): “Si te vestís así, sos lesbiana”, era una interpelación frecuente a quienes a veces no obedecíamos los ropajes de la feminidad o se nos caía su máscara. Sólo algunas futuras escritoras en aquellos años persistieron en ser abogadas, se casaban con el novio, abogado también, en el Golf Club y se iban a Washington, como si estos dispositivos neoliberales pudieran protegerlas de las inquisiciones respecto a su sexualidad y género.

Devengo escarabajo, mutante textual. Busco un nombre ahora de aquella metamorfosis. Me aílo. Hago un experimento conmigo que me vuelve más extraña y a mis pasos más bizarros. Me encierro con y en los libros, entre ellos con los de mi mamá: ediciones baratas de clásicos: Platón, Aristóteles, literatura universal, la colección en miniatura de Centro Editor de América Latina, un tesoro que venía con revistas, también algunos libros de educación y pedagogía (algunas cosas horribles), Karl Jaspers, Edmund Husserl, Martin Heidegger, algo de teología de la liberación, algunos cuadernillos de educación sexual de Florencio Escardó. Leo, leo, qué leo, busco moléculas maternas. Deseo saber quién era. Qué pensaba esa mujer que a veces incluso en medio de una cena adulta y cuando ya nos había tocado ir a dormir, venía a verme porque yo seguía insomne, con ejemplares de dibujos y frases fascinantes como *Tutú Marambá* y *Dailan Kijki*, de María Elena Walsh. Después sus libros y apuntes se mezclaron con otros que no me interesaban. Algunos peligrosos estaban guarnecidos con papeles de colores y páginas de revistas para que no se leyeran los títulos. Un aura inalcanzable rodeaba sus cosas y palabras que quedaron en apuntes y fichas de estudio. En un mundo rural donde conseguir un libro era un acontecimiento, sospecho que Mercedes fue una especie de copista medieval putativa, bastante sexy, que transcribía textos en fichas, cuadernos y carpetas. A los cinco años yo no quería usar vestidos y una vez rompí uno que cosió para mí. No me dijo nada, a pesar de lo que le había costado hacerlo, porque leía más de lo que cosía. Mi papá siempre dijo que había sido más inteligente que él. Con sus libros y

desde las lecturas, hago un ejercicio textual Frankenstein para inventarla: leyendo lo que leyó y lo que no leyó, su caligrafía redonda de maestra y apurada. Una materialidad de sus huellas que me contagia más allá de ella y de sus palabras y silogismos, más allá de las fotos familiares, más allá de las pastorales incoherentes y de las cruces y rosarios que no quiero heredar.

El deseo de los libros se expande. Los sábados voy a las librerías. Hasta consigo trabajo temporario en una de las más grandes de la calle San Martín. Unas de las pocas veces que entonces fui a bailar, al tirarme de un tobogán gigante con dos amigas, un clavo engancha el pantalón de tela liviana que llevo. Al llegar abajo estoy en ropa interior. Una pesadilla hecha realidad: casi desnuda en segundos ante miradas inquisidoras. Como el personaje de la mitología griega, Baubo, hago una *anasirma*, pero involuntaria. Muestro mis partes y provocho risas, en un espacio de sociabilidad adolescente de medidas hegemónicas. Una amiga lleva unas enaguas para evitar la transparencia de una falda hindú y me la presta. Salí en pantalones esa noche y volví en enaguas... recuperé los pantalones gruesos que no se descosen.

Belleza y "normalidad", eran equivalentes a flacura extrema. Mido 1,75, con espalda ancha, mi cuerpo me incomoda (nadie me mira más a los ojos desde los 13 años), las curvas me complican la escoliosis y encima logran resquemor y celos, aunque a mí me fastidien. Con 68 kilos, entonces, a pesar de toda esa estructura encima, me dicen "cariñosamente" rellenita. Varios partenaires, si acaso sexuales, sugieren "una semanita que te cuides, no más", "viste ahora hay una promoción en el gimnasio...". La violencia estética que atraviesa el imaginario sexual normativo, impone que, si no eres bella del modo requerido y no hay orgasmo, al menos hay que agradecer que no te violen. Puede pasar si le decís al tipo que la que aman de verdad, no es virgen. O que por el momento no y que, aunque dejen al himen intacto, algunas prácticas, al parecer muy de fanáticos católicos de pruebas matrimoniales y de militares, según la historia también de griegos e indios, nada tienen que ver con la virginidad. Que, en todo caso, sin violar, de modo consentido, sabiendo cuando parar, nada tan importante se pierde con la dichosa membrana, el obstáculo epistemológico, más que convenciones sociales controladoras. Que es preferible romper un paradigma, un régimen epistemológico, estético y escópico, que un corazón u otras partes de un cuerpo. Los esquemas sensorio-motores rotos producen demasiada memoria.⁵

⁵ Esto lo supo muy bien Deleuze en *La imagen-movimiento* y *La imagen-tiempo*, más apaciguado que en sus fantasías con los autores. No era una estética ni una propuesta ni un manifiesto para el cine, era una

Mi habitación: el privilegio de una especie de cuarto propio, aunque como era el único con balcón, solía ser el más transitado del departamento. Allí me encierro. Leo mal, sin disciplina y sin método, sin interlocución, silenciosamente, busco moléculas cardíacas y cerebrales. No siempre logro el privilegio de tener sólo relación con lo que amo.⁶ Hay nombres que no sé pronunciar, aprendo a hacerlo estudiando inglés, francés y alemán, creyendo que, de ese modo, estoy a salvo de la ruralidad y lejanía que arrastran mis palabras. Los sonidos muy altos me aturden, empiezo a hablar raro y cual posesa, con palabras que mi familia no entiende. Me da un poco de culpa, pero prefiero estudiar lenguas modernas o antiguas, ir al cine, que leer a Salazar Bondy, Leopoldo Zea, Arturo Roig, José Ortega y Gasset... Prefiero escuchar relatos mitológicos, traducir fragmentos fotocopiados de Catulo, Virgilio, Séneca, hasta Safo apareció en una clase de griego. Simone de Beauvoir pasa a estar arriba, justo a la altura de mi vientre, en un estante de escritos. Varias veces *El Segundo Sexo* estuvo a punto de caérseme encima, cuando temblaba muy fuerte. Me voy a la cama con un libro cada noche. Me fascina la poesía de Alejandra Pizarnik, de Hölderlin, de Rilke, de César Vallejo, aquello de "ponte el cuerpo [...] abstente de ser pobre con los ricos". Amigas feministas anónimas y fugitivas me enseñan a leer los últimos a contrapelo y cuando voy a Buenos Aires vamos a las librerías de la calle Corrientes. Con Kant no puedo ni quiero, pero, valga la antinomia de la razón práctica y la voluntad, lo leo cuidadosamente. Le digo a mi compañero de estudio, Gerónimo, que el *fenómeno*, el *noúmeno* y el sujeto trascendental son esquizofrenizantes. No en un sentido psicológico o epistemológico, sino ontológico. ¿Recién te das cuenta?, me preguntó. Me defiende tontamente de mi orfandad con sarcasmos y falsa erudición. Escribo en el pizarrón colgado en la cocina de mi casa para listas de compras, mensajes domésticos y la comida que me tocaba preparar: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*. Leo que Rousseau chocó contra un árbol cuando descubrió la filosofía y que Descartes no conoció a su madre. No digo lo que pienso, ni lo que quiero, ni escribo con mis propias palabras. Pero a veces me levanto y me voy de las mesas. Firmo exámenes con respuestas provocadoras a propósito. Como si pudiera darme el lujo de ser una guardiana entre el centeno de provincia, intermitentemente una socióloga bourdiana, no policía, entre heideggerianos y una apóstata en una facultad dominada por tendencias religiosas de derecha. Trabajo en una escuela en un barrio muy pobre y aprendo lo que no sé ni

descripción pura de la invasión del tiempo, un tiempo y una historia de las que él mismo parece querer fugarse con el cine del "tercer mundo" que se inventa y con el de mujeres.

⁶ "Es preciso que, en última instancia, sólo tengan relación con lo que aman" (DELEUZE: 2008: 161).

puedo hacer. Mi promedio declina como las palabras en latín. Me resisto a las materias pedagógicas porque no quiero encontrarme con las compañeras de mi mamá.

Documental soñado en un desierto no tan seco ni sonoro

Empiezo a leer los libros de Etienne Gilson de Filosofía Medieval. Me fascinan las herejías y corrientes previas a los concilios: abecedarianismo, adamismo, gnosticismo, catarismo, maniqueísmo... Voy por primera vez a la Laguna del Rosario en el desierto lavallino, también fumo, por primera vez. Comenzaron los sueños, virando las noches como remolinos de arena. Paisajes incómodos. Dos ejércitos que se enfrentaban. De un lado huestes de herejes, eremitas, locos, leprosos, juglares, putas, brujas. Del otro, el ejército invisible. Sé que está, aunque invisible, porque hay una especie de voz en off, en el sueño que lo relata. Lo que especialistas en cine documental llaman "la voz de Dios" va nombrando al ejército visible y al otro. Va describiendo cómo se acercan entre dunas. Nombra sus miembros en masculino, excepto *brujas* y *putas*. Al encontrarse frente a frente, la hueste infernal se dirige a la invisible, alguien dice (creo que no es la voz de Dios): "Ustedes los filósofos, han inventado el mal". Algo terrible está a punto de suceder entre esos ejércitos que se enfrentan en el desierto de mis sueños. Un laberinto de polvo entre puestos de cabras, cadáveres de autos, cactus, cardos rusos, huesos, retortuños dialécticos, declinaciones arenosas como mantras en el viento, *rosa, rosae...*, humos vegetales. Una luna en la noche que parece una linterna, alguien la sostiene desde el cielo sin estrellas. De día, un sol imposible de sostener en la cabeza. Desde ese mismo sol, la Idea del Bien, encarna una especie de Ángel de la Historia benjaminiano, con barba canosa y rulos. Parece Dios, como en los dibujos de los libros de catequesis, pero es Enrique Dussel, el filósofo más famoso que salió de estos lugares (ni siquiera de la ciudad de Mendoza, nació un 24 de diciembre en un departamento oriental: La Paz) y uno de los más importantes de la filosofía latinoamericana (¿de ahí venía la voz en off?).

(Dussel propuso una erótica de la liberación, donde afirmaba: "En concreto, en nuestra sociedad milenariamente patriarcalista, el varón se ha atribuido de tal manera la "especie humana" que le llamamos en castellano: el hombre" [DUSSEL, 1980: 13]. El sujeto de todas las lecturas y escrituras filosóficas de la facultad, y más adelante: "¿Por qué? Porque el que autocráticamente domina el "todo" se atribuye el nombre del "todo", y así la "especie humana" ha quedado denominada por el varón como el "hombre" [DUSSEL, 1980: 13]. Esto tiene consecuencias: "Vamos a ver cómo la mujer oprimida va a educar

a su hijo varón como el señor que ella no fue y a su hija mujer como la oprimida que ella es; de tal manera que los va a educar contra su propia conciencia, quizás justamente como no quería” [DUSSEL, 1980: 23]. Había una larga historia sosteniendo esta opresión: el sujeto europeo que comienza por un “yo conquisto” es un sujeto masculino. El *ego cogito* y el *ego conquiro* son el ego de un varón. La alternativa para Dussel en los 80, no era el feminismo que limitaba al sufragismo igualitarista o a una forma que podía llegar a negar a la “pareja”, la alteridad o a “eliminar al varón” [horror feminazi⁷]. Por supuesto tampoco la diversidad o la disidencia sexual [se restringe a la pareja hombre-mujer]; sino una erótica liberadora que iba más allá del “éros-mirada” platónico que fija al otro como objeto y lo cosifica y del “ego fálico” patriarcal en el que se sostiene el psicoanálisis. Este último traspasó la experiencia del “ser como fysis trágica [totalización griega] a otra experiencia del ser como subjetividad moderna [totalización europea]” [DUSSEL, 1980: 59], produciendo una universalización de una particularidad. Instalando una totalización de la interpretación edípica fundada en una experiencia europea y capitalista de la familia. Publicado en 1980 en Colombia, en *Liberación de la mujer y erótica latinoamericana*, Dussel citaba el *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari, de escasa circulación entonces en Argentina, y menos en Mendoza.

Habría un eros “alterativo”, de la alteridad, un ágape donde se privilegia: “el oído, la justicia, el tacto y el contacto”. La erótica liberadora latinoamericana incluía a la Biblia: “Yo te beso con el beso de mi boca”, el *Cantar de los cantares*, las teogonías de las culturas amerindias donde el relato del origen de los dioses “es siempre bisexual [...] y no exclusivamente patriarcal como entre los semitas” [DUSSEL, 1980: 37]. La liberación también tenía que ver con eso, iba por ahí).

Siempre que pasábamos por la que fue su vivienda enfrente de una plaza, mi papá decía con tristeza, aquí vivía Dussel y le pusieron una bomba. Nada más, ninguna explicación. Cuando lo vi por primera vez, en una de las ocasiones que fue a la facultad después del exilio, sentí una emoción terrible, enmudecida, hacía poco había salido *1492: el encubrimiento del otro*. En este sueño documental cuya locación era el desierto, parece que venía mesiánicamente, no sólo a narrar y explicar el escenario onírico nombrando lo invisible, sino a impedir algo, ¿una guerra? Pero, mi inconsciente haciendo horas extras y trabajo voluntario en intervalos de descanso, no me iba a dejar en paz tan fácilmente.

⁷ Acerca de esta injuria, ver *Féminazies*, por Paul B. Preciado (2019) https://www.liberation.fr/debats/2019/11/29/feminazies_1766375/, hay varias traducciones al español en la web.

Porque repentinamente, en una metamorfosis en cámara rápida, la voz en off se distorsionaba y adquiría un rostro nada tranquilizador. Ahora, con ojos que reflejaban llamas, me miraba y me llamaba por mi nombre para integrar las huestes infernales, visibles... Me despertaba asustada, palpitando la piel de la juventud, quemando el desierto de la superestructura. Sí, era el diablo, no Dussel.

Recuerdos de capital: elige tu propia jaula, región y fuga (¡levántate del diván y anda!)

En *Yo soy el monstruo que os habla...* (2020) Paul B. Preciado, produjo un informe kafkiano ante la Escuela de la Causa Freudiana de Francia sobre el paradigma de la diferencia sexual, sus mutaciones y crisis después de la Segunda Guerra Mundial. Situación crítica no sólo por la respuesta de minorías disidentes, sino por la aparición de nuevos datos morfológicos de la carta cromosómica y endocrinológica, que hacen imposible la asignación binaria.

Si Franz Kafka hizo una crítica del humanismo con Pedro el Rojo, su volverse humano y alcohólico, mostrando que no hay liberación con la humanización, Preciado se dirige a los académicos del psicoanálisis desde la "jaula del 'hombre trans'" del "cuerpo vivo de género no-binario". Desde un lugar fugado de la España profunda y franquista, ya legitimado en la academia, en el mundo de la moda intelectual y de la moda de indumentaria de lujo y como cineasta, desde el régimen mismo que Preciado cuestiona. Una jaula que, a diferencia de la de "mujer", eligió, como el monstruo que no sólo el discurso psi y las prácticas clínicas crean. En culturas donde el psicoanálisis, o su vulgata, atraviesa todas las instituciones, aunque no sean específicamente psi o clínicas, este libro puede ser una fiesta molecular.

Hay una especie de continuación de algunos de los temas de *Testo yonqui*, que produjo diferentes respuestas críticas no sólo respecto a su tesis económico política y el capitalismo farmacopornográfico, sino respecto a la apropiación de Preciado de saberes trans y cierta asimilación a lo *queer* en otros de sus textos. En este caso, deja atrás algunas categorías como bio para diferenciar de trans, y enfatiza la no binariedad. No es un texto fácil de leer, no es una fiesta siempre alegre. Por la densidad de la genealogía del paradigma de la diferencia sexual en la modernidad y su persistencia. No se trata sólo de una trama crítica de los clásicos de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis (principalmente John Money [introdutor de la gramática del género] y Jacques Lacan [estructuración del inconsciente como lenguaje], entre otras posiciones), sino de una

arquitectura de historiadores de la sexualidad y de la ciencia. Pero también presenta una paradoja de lenguaje, porque, aunque se mencione fuera de la binariedad y del estatuto como "hombre", Preciado sigue nombrándose en masculino. Esto podría producir el efecto aparente de que tiende, por momentos, como el régimen opresor, hacia un lado de la frontera que quiere desmarcar. No utiliza consigo mismo la "e", que emplea en otros casos. Hay una pregunta enunciada en primera persona: "¿qué había en mi cuerpo que permitiera predecir toda mi vida?" (PRECIADO, 2020: 24) que resuena de mil modos y con diferentes registros en el texto. "[...] Aunque te golpees la cabeza contra los barrotes de la diferencia sexual hasta partirte en dos, no conseguirás explicártelo" (PRECIADO, 2020: 24).

Yo soy el monstruo que os habla..., presenta asimismo algunos fragmentos de un diario de lecturas. De las que le permitieron a Preciado salir de la jaula y el circo del régimen binario heteropatriarcal donde a las mujeres, o a cierto tipo de mujeres podría precisarse, les corresponde el lugar de víctima, bella o madre. También es una travesía del desierto: "Como un prófugo que avanza con los libros como carburante, corrí con los talones ardientes, y así sigo corriendo aún hoy, para escapar de la servidumbre al régimen de la diferencia sexual" (PRECIADO, 2020: 27). Podría decirse que hay dos llaves para salir de esa jaula y de una identidad, que va más allá del género y esto último es importante. Una es una guía hecha de lecturas que salvan, como Monique Wittig, entre muchas otras, y al mismo tiempo una formación académica que autoriza a la palabra docta y universal partiendo de un lugar patologizado como disfórico, un logro que no disimula el esfuerzo y el sufrimiento: "alcancé la cultura académica de un hombre burgués europeo" (PRECIADO, 2020: 34). Preciado viajó y se formó en Estados Unidos desde muy joven. Como académico se mueve todavía en el marco de la cultura letrada principalmente europea y norteamericana, no de las redes sociales que, aunque con sus implicancias algorítmicas y de control, han sido también espacio de activismos y expansión de los límites cotidianos para colectivos y minorías.

La otra llave es la de la hormona. Aunque una puede presentar efectos más evidentes, rápidos y corporizados que la otra, y evidentemente circular desde y en espacios de saberes específicos como los médicos, ambas los tienen como dispositivos constructores y deconstructores de subjetividad y de libertad desde la opresión. Pero son ambivalentes.⁸

⁸ La ambivalencia de todo lenguaje letrado y código en el capitalismo, es la ambivalencia del *pharmakon*, y la ambivalencia más intensificada de la hormona como de otras sustancias en el régimen fármacopornográfico. Acceder a las homonizaciones implica también una serie de riesgos en la salud (los estrógenos y la testosterona pueden producir cáncer en grandes dosis), y el consentimiento una serie de

El monstruo habla, finalmente con una voz que se escucha, junto a múltiples otras voces monstruosas. Puede sostener la mirada de otros hombres sin bajar los ojos y sin sonreír. Así, el aprendizaje más importante, según Preciado fue: “[...] entender que, como supuestamente ‘hombre’ y supuestamente ‘blanco’, en un mundo patriarco-colonial, podía acceder por primera vez al privilegio de la universalidad” (PRECIADO, 2020: 38). Había sido mujer, lesbiana, migrante, esto es conocer la alteridad y al mismo tiempo, según Preciado, soportar el peso de una identidad del modo que solo los subalternos y alterizados hacen. Identidad como “musulmán”, “migrante”, “marica”, “negro”, los ejemplos son de Preciado.

Identidad es entendida aquí, no como un derecho, sino como aquello invisibilizado en el privilegio de la norma patriarco-colonial, hegemónica, binaria y psi. O todos tenemos identidad o nadie la tiene, es un dilema que se resuelve admitiendo que más bien ocupamos un lugar distinto en una red compleja de relaciones de poder. De modo que la marca de la identidad (de género o de cualquier otra), significa no poder nombrar como universal tu propia posición identitaria. A lo que apunta Preciado aquí, en algún sentido y sin asimilar diferencias, como Deleuze y Dussel es principalmente a los relatos psicoanalíticos: “Las fábulas mítico-psicológicas reconocidas por Freud y elevadas a condición de ciencia por Lacan, no son sino historias locales, relatos de la mente patriarco-colonial europea, narraciones que permiten legitimar la posición aún soberana del padre blanco sobre cualquier otro cuerpo” (PRECIADO, 2020: 40).

En la constelación de subjetividades e identidades subalternas, así como el migrante pierde el Estado-nación y el refugiado su hogar, y a veces reproducen un régimen colonial desde su opresión incluso como letrados, la persona trans pierde su cuerpo: somateca, archivo político viviente, no condición anatómica. Pero, al mismo tiempo puede fabricar una salida. Aquí surge una equivalencia importante: “El cuerpo trans es a la epistemología de la diferencia sexual lo que América fue al imperio español: un lugar de inmensa riqueza y cultura imposible de reducir al imaginario del imperio” (PRECIADO, 2020: 47)

De algún modo y sin borrar la autonomía y especificidad de los cuerpos y saberes trans ni apropiarse de ellas, estas reflexiones interpelan a los márgenes discursivos de otros saberes también marcados por fronteras y posiciones geopolíticas, como pueden ser los estudios latinoamericanos, que suelen enmarcarse también desde el centro como saberes

saberes que a veces no están al alcance de todas las personas trans. La violencia estética a la que se someten algunos cuerpos trans con sustancias directamente nocivas es compartida por muchas mujeres cis. Acerca de algunos de estos temas y de la Ley de Identidad de Género en Argentina ver la entrevista a Gero Caro (GERO CARO y CIANCIO, 2021).

de diversidad y alteridad. En ese marco de formación suele invisibilizarse la universalización de otros/mismos saberes (y de lo mismo), mientras que se interpela desde gentilicios o regionalismos a circunscribirse a una identidad o a una diferencia que no son universales⁹. Por ejemplo, en los enunciados de los programas de doctorado, en las agendas de investigación, en las construcciones de cartografías y mapas de *la* cultura latinoamericana, en programas de agencias que intercambian deuda por educación y específicamente educación sexual, en el cine latinoamericano utilizado como dispositivo de conocimiento social, en la regionalización de la memoria... Atravesar uno de esos espacios, desde la precariedad y la extranjería, desde la supuesta “psi blanquitud argentina” que solía compararse con el mestizaje de otros países latinoamericanos, expandió un profundo extrañamiento. Salí de instituciones públicas precarias y no muy prestigiosas y repentinamente estoy en espacios de formación de élite, donde además algunas personas latinoamericanas (todas provenientes de instituciones privadas), mientras yo leía en mi adolescencia tardía libros desactualizados, hacían talleres de Drag King con su mamá y Preciado.

Cualquier enunciado en ese contexto de formación académica era muchas veces delimitado a una identidad y no a una universalidad, incluso a una cuestión de moda o momento: entonces podía ser la posmemoria en Argentina, en otro sería la violencia en Colombia, los femicidios en la frontera mexicana, o el narcotráfico, o las maras salvadoreñas, o los documentales indígenas, o el cine periférico, o el iraní... Cotos epistemológicos, como cotos de caza y de extracción a distancia, que cambian cuando se agotan sus recursos. Dispositivos que no conscientes de su fabulación y ficción epistémica, de sus construcciones de alteridades o proyecciones, se afirman a veces como verdades. Pero las narrativas pedagógicas situadas y locales, tampoco están exentas, cuando la diversidad – que atraviesa a toda mismidad– no es meramente un concepto.¹⁰

⁹ Lo mismo sucede en cuanto a lo relacional, entre provincia y nación, “interior”/capital, etc.

¹⁰ Hace poco organizamos un curso a partir de algunos tópicos de la estética filosófica contemporánea. Abordando cruces y respuestas críticas con y desde movimientos y activismos, prácticas y teorías audiovisuales y escrituras que han reinventado, cuestionado, deconstruido y desacomodado categorías estético sociales como las de belleza y fealdad (desde la estética adorniana en adelante), masculinidad y feminidad, entre otras que producen exclusión y opresión en corporalidades y sexualidades disidentes, *queer*, trans, feministas, racializadas y fuera del binario y de las normas estéticas. No sólo incluimos una constelación de conceptos, sino de escrituras, videos e imágenes de posporno entre otras, todas producciones estrenadas y que circulan en la web, de artistas y activistas de trayectoria. Por un error en la lista de mails, enviamos a un curso de posgrado de pedagogía ese material. Las respuestas no se hicieron esperar, a pesar de avisar del error en el envío y a pesar de que las imágenes no estaban a disposición inmediatamente. Había que buscarlas en el *drive* y estaban presentadas con textos como el de Diamela

La alternativa liberadora de los setenta fue la afirmación de la alteridad frente a una totalidad opresora, como en la filosofía de la liberación. Ante una opresión que se duplicaba en las mujeres, desde el cara-cara levinasiano y desde la pareja varón mujer, pero yendo más allá desde una épica liberadora que se expandía (y exiliaba) a toda América Latina. La tarea titánica de Deleuze y de Guattari fue también ir más allá de la universalización del psicoanálisis y sus máquinas binarias de representación y teatro – basadas en la interpretación freudiana de la tragedia griega y no en otras formas vanguardistas del teatro de la época de Freud–, así como ir también más allá de la dualidad del género, aunque no utilicen específicamente este concepto. La persistencia filosófica de Deleuze continuó en la crítica y clínica en las lecturas amorosas y en una filosofía de la memoria a través del cine, entre otras múltiples líneas. Ambos quedaron, como otros intelectuales franceses, envueltos en una polémica acerca del consentimiento.

Actualmente el pensamiento de Preciado y la experiencia trans como “torbellino de códigos políticos culturales vivos que no reconocen la diferencia entre ayer y hoy, femenino y masculino, vivo y muerto” (PRECIADO, 2020: 50) incita no sólo a pensar la falacia que subyace a toda identificación de género, sino la paradoja de toda identificación de alteridad. En cuanto se constituye en una frontera, que, como la epistemología binaria, y como las instituciones necropolíticas que después de la pandemia del COVID intensificaron sus fronteras de agua, aire y tierra, tienen efectos performativos excluyentes. Incluso permite pensar de qué lado de la frontera queda Preciado, más allá y más acá de sí mismo, de la alteridad y la totalidad, o si logra finalmente deshacerla. Hoy los monstruos no sólo hablan, ni sólo hablan solos desde la soledad de la locura, la patologización y la disforia. Los cuerpos vivos y mutantes, no solamente los excluidos del régimen patriarco colonial y del paradigma de la diferencia sexual entendido según las nociones occidentales, sino quienes lo habitan de otros modos: hablan, escriben e imaginan imágenes. Desde fronteras y cruces entre culturas estigmatizadas, producen (des)conocimiento sobre sí y desde sí.

Eltit, acerca de Constanza Álvarez. El rumor continuó su camino estigmatizante, distorsionándose en una ciudad chica y endogámica, trascendiendo las aulas, como un teléfono descompuesto expandido. En otro contexto, vinieron a preguntarme si había enviado imágenes de mí misma desnuda a la institución donde trabajo, en una especie de atentado visual. Todos estos efectos no sólo muestran escándalo, indignación, ignorancia voluntaria e injusticia epistémica hacia las obras y las personas que las realizaron, sino la violencia estructural de una sociedad y de instituciones donde circulan imágenes y palabras de violencia social explícita, injuriantes, de muerte y miseria, y que sin embargo parecen no perturbar a nadie.

Bibliografía

- ALTHUSSER LOUIS. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- CABRAL, MAURO. "La paradoja transgénero", en Carlos F. Cáceres et al. (eds.), *Sexualidad, ciudadanía y derechos humanos en América Latina: un quinquenio de aportes regionales al debate*. Lima: Instituto de Estudios en Salud, Sexualidad y Desarrollo Humano, 2011.
- COLOMBO, FURIO. "Todos estamos en peligro. Entrevista con Pier Paolo Pasolini", en Pier Paolo Pasolini, *Palabra de corsario*. Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2005.
- DE LAURETIS, TERESA. "La tecnología del género", *Mora*, n° 2, 1996.
- DELEUZE, GILLES. *Conversaciones. 1972-1990*. Valencia: Pre-Textos, 1995.**
- DELEUZE, GILLES. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- DELEUZE, GILLES. *En medio de Spinoza*. Buenos Aires, Cactus, 2008.
- DUSSEL, ENRIQUE. *Liberación de la mujer y erótica latinoamericana*. Bogotá: Nueva América, 1987
- FLORES, VAL. "Pasarle la lengua a la ESI: ¿legados sexuales, legados de escritura?", en María Agustina Peláez, Maite Incháurregui y Moira Severino (comps.). *Escribir la ESI: Saberes, debates y desafíos desde experiencias docentes*. La Plata: EDULP, 2023.
- FREUD, SIGMUND. "Prefacio" en Aichhorn, August. *Juventud desamparada*. Barcelona: Gedisa. 2006.
- GERO CARO Y BELÉN CIANCIO. "Entreviando y escuchando a Gero Caro: ¿deshacer el género o cómo hacerse un cuerpo sin uno?", en Belén Ciancio (comp.). *Imágenes paganas: otras memorias, otros géneros*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2021.
- PÉCHIN, JUAN. "Historizar la educación sexual en Argentina: archivo, testimonio y memoria entre etnografía crítica y crítica pedagógica" en Belén Ciancio (comp.). *Imágenes paganas: otras memorias, otros géneros*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2021
- PRECIADO, PAUL B. "Feminazies", *Libération*, Chronique «interzone», 29/11/2019 https://www.liberation.fr/debats/2019/11/29/feminazies_1766375/
- PRECIADO, PAUL B. *Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica*. Madrid: Espasa Calpe, 2008.
- PRECIADO, PAUL B. *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Barcelona: Anagrama, 2020.